

Gabriel Restrepo**

Universidad Nacional de Colombia



Querido Maestro Orlando:

Hoy nos regala con el presente de un paso grave el don de una obra y figura que con aquello que llamamos caída porque no sabemos si algo comienza, se sella como testimonio y testamento para una multitud que seguirá la indicación de su bordón. Muere el sujeto, nace el mito con la fuerza de esa ceiba que se sembrara en Gigante (Depto. del Huila) el primero de enero de 1852 como señal de la ley de abolición de la esclavitud. De otras servidumbres habremos de librarnos y hacia allí apunta su bastón de chamán.

Trazo algunas memorias, fragmentos, más como poeta exiliado en un mundo de afanes que como sociólogo o incluso pensador.

Mi primer encuentro con su sonrisa, porque en ella se cifraba su persona, fue cuando indeciso entre las letras, la filosofía y la sociología me entrevisté con usted y María Cristina en el año del Frente Unido, unos días después del Congreso Obrero Estudiantil Campesino realizado en Medellín en agosto de 1965 y tras el cual Camilo Torres eligió su camino en una bifurcación tremenda de su vida y del país.

Cuando ingresé a sociología, su ausencia, como la de Camilo, pesaba como esa presencia semejante a la de los fantasmas, más cercanos que los propios vecinos.

Años de irritación, los de mayo, con muchas utopías, pero también con no pocas estupideces, injuriaron su obra, tachándolo como agente del imperialismo. Uno aprende con dificultad que el tema de la justicia es tan precario como la sabiduría.

Yo mismo debí expurgar con mucho estudio mi ingenuidad juvenil, porque participé en la masa de acoso que lo expulsaba simbólicamente en un ataúd.

Lo volví a ver en el Tercer Congreso de Sociología, hacia 1979. Por entonces, yo me había sumido en la historia de la profesión y en la historia de la ciencia. En la primera, fatigaba los archivos organizados con suma

* Palabras del autor, leídas el día 12 de agosto de 2007.

** garestre@cable.net.co

diligencia por usted para encontrar razones del tremendo error de una infancia política. Encontré algo distinto al imperativo del prejuicio. Por ejemplo, cuatro o cinco archivos con su correspondencia en su misión de abrir un camino a un concilio mundial de iglesias.

Perdonó usted aquella acusación falaz, justo cuando era condenado por lo contrario, prueba de que la estupidez del prejuicio no es patrimonio de pocos. Hicimos las paces. Yo reivindicaba su obra monumental en el primer lustro de la sociología, cuando con las esperanzas del Frente Nacional se empeñaba esa congregación en redimir a Colombia de su modernización bien retráctil. La única observación que formuló a mi examen del primer lustro de la sociología presentada como ponencia en aquel congreso consistió en decir que no fue el Ejército, sino la Iglesia la que había impedido que se previniera la invasión de Marquetalia (Depto. de Caldas), de donde nacieron tantos males. Desde entonces he aprendido que un gravísimo, hondo, profundo problema de Colombia se cifra en las religiones de salvación, cualesquiera sean ellas, eclesiásticas o seculares, y que incluso quizás la batalla de fondo se libra con mitos y magia.

Luego nos visitamos con frecuencia, hasta el pasado congreso de Sociología. En alguna ocasión, cuando rehíce yo el proyecto de Universidad itinerante que aprendía en la localidad de Tunjuelito (Bogotá D.C.), nos honró usted con bonhomía en la comensalidad de mi humilde hogar y asistió al lugar que sirvió de taller urbano al surgimiento de la sociología. Admitió las diferencias, no pocas, que supimos llevar como saludo a la vida. Detesto las armas, sé que usted personalmente también lo hace, pero a pesar de que las guerras, grandes o pequeñas, han hecho al mundo y a las naciones, hoy creo muy conservador seguir la cansina historia de la estupidez humana. Por lo mismo nunca, ni ante mi madre que admiraba ese acto, elogí el camino que escogió Camilo Torres Restrepo.

Cuando espolvoreaba los archivos de la historia de la sociología me ocupaba también de escudriñar la figura de otro mito, José Celestino Mutis. Demoré más de treinta años en traducir del latín un poema del cual cito unos versos pues definen su propio camino:

La *obra* de un día no es suficiente, una noche no alcanza:
pondera empero los tiempos duraderos si quieres concluir el
[curso iniciado.

Yo mismo me he preguntado durante muchos días, noches, años, lustros, décadas, qué significa esa obra, la de los mitos arquetipos como Mutis y como usted. La respuesta la he hallado, como las pocas respuestas que poseo ante una vida más llena de preguntas que de imperativos, en otro poeta, Hölderlin, cuando dice en su poema *La fiesta de la Paz*:

Un sabio puede esclarecerme mucho; pero donde
aún aparece un Dios,
hay allí empero otra claridad.

Mas no de hoy, no sin anunciación es él
 Y uno que no ha temido ni el torrente ni la llama,
 se sorprende, porque se ha hecho silencio, no en vano, ahora,
 cuando por ninguna parte se ve maestría en los espíritus y
 en los hombres.
 Porque oyen la obra
 preparando desde hace tiempo, desde la mañana hasta la tarde,
 tan sólo ahora,
 pues ruge infinitamente, extinguiéndose en la profundidad.

La obra en alemán es *das Werk*, que quiere decir trabajo; es decir, el poema encierra una cifra críptica: si la filosofía y las ciencias sociales son capaces de escuchar en el advenimiento del trabajo el trabajo del advenimiento como lo ensayaran Schiller, Hegel, Marx y muchos otros no necesariamente marxistas, como Thoreau, Mandela, Luther King. Y usted, maestro querido:

Desde la mañana,
 desde cuando somos un diálogo y nos escuchamos unos de otros,
 mucho ha sabido el hombre; mas pronto somos canto.

Ese canto, esa polifonía ecuménica, es la promesa del advenimiento de un multitud reconciliada consigo misma y su casa mundo, la ecúmene: es la promesa de redimir el *heimweh* (la nostalgia, el dolor de casa) hecha a los *homeless* (los sin casa, los habitantes de la tierra), en un *homing*, término que en biología se aplica a las especies con un pilotaje para el retorno a un lugar y que aquí designa la habitación con decorado de justicia de una casa-mundo hasta ahora en estado de obra negra, de nigredo, de ennegrecimiento en la acepción negativa de la alquimia.

Esa escucha universal, nacional, local que el poeta exalta cuando dice: “desde que nos escuchamos los unos a los otros”, es la que brotó de su alma musical, pues no olvido su *Himno a Colombia*, en *El Retorno a la Tierra*. Hoy, maestro querido, vuelve usted al *humus* de donde venimos y a donde volvemos como *homo erectus*, arcilla erguida, aquí, con María Cristina Salazar, en esta casa, en esta estancia, en esta residencia en la tierra que es su universidad, nuestra querida universidad de Colombia.

Ahora en el fétetro he descifrado el misterio de su sonrisa, tan enigmática. Era una suerte de oxímorom, pues unía en los gestos una profunda tristeza, la de llevar el peso del dolor del mundo, y una esperanza mundial y hospitalaria. La máscara ha caído y ahora en su rostro lívido el mundo periclita, pero se yergue en su rostro la esperanza.

Lección de humildad, lección de tierra, lección de humanidad: esa fue la clave de su inolvidable sonrisa. Lección que enseñó como lección inaugural, cada día, cada noche.